

No sé quién es un escritor, llamémosle así, que se firma el *Abate San Román*.

Pero sea quien quiera, voy á darle un consejo, y es que, de seguir usando esa firma, vea de modificarla un poco, siquiera cuando escriba en verso, acentuando la primer *a* para que en lugar del *abate* diga el *ábate*... ¡*ábate* San Román!, es decir: *ábate*, lector, que viene de San Román con unos versos malos, como suyos; y así con este acto de sinceridad, con este aviso amistoso, ya los lectores podrían huir de sus rimas y no sufrir quebranto.

Le advierto que aunque no tome mi consejo de modificar la acentuación de su seudónimo, es casi seguro que el público le leerá de aquí en adelante como acentuado: el *ábate*...

Por lo menos los incautos que hayan leído su reciente soneto á Zola, bien se puede ase-

gurar que no vuelven á caer en otro en la vida.

Porque ¡cuidado con el tal soneto!...

Y no es á Zola, así sencillamente, es *al inmortal Emilio Zola*...

Que no es inmortal ni con mucho; pero que ahora vivirá una temporadilla en el márgen de los malos poetas, y aun de los malos prosistas, para que nos atormenten los oídos con sus malos versos y sus cursilerías y sus blasfemias.

Esta de ahora, el soneto del *Abate San Román*, que es blasfemia pura, ó impura, mejor dicho, comienza así:

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que, inspirado en el BIEN, escaló el cielo...»

Aparte de la blasfemia y del disparate, estos dos versos tienen de bueno que no se sabe á punto fijo lo que quieren decir.

No se sabe si el vate ó el á-bate quiere decir que Zola ó *el inmortal Emilio* ídem, dejó de ser el pensamiento humano para ser otra cosa distinta, ó quiere decir que el pensamiento humano dejó de ser, dejó de existir.

Apuradamente lo mismo da que haya querido decir una cosa que otra, pues lo que ha dicho, de todos modos es un desatino ó más bien una sarta de ellos.

¡Vaya con lo de decir que Zola se inspiró

en el bien, y no en un bien así como quiera, sino en el BIEN, con versalitas!

Verdad es que ni el *Abate* sabe lo que es el bien, ni lo que es inspirarse en el bien, ni nada.

Por de pronto llama *bien* al *mal*, para decir al revés las cosas.

Pues ¡y lo de que Zola *escaló el cielo*!...

Si es que el vate lo dice de Zola, como parece.

¡Decir que escaló el cielo un escritor materialista, ramplón y pedestre, que anduvo toda la vida arrastrándose por los cenagales más inmundos!... ¡Un escritor que se gozó en describir la obscenidad y el vicio y todas las miserias, sin levantarse jamás un palmo de la tierra!

¡Buena manera de escalar el cielo en vida!

Ni en muerto tampoco. Piadosamente pensando, después de vivir y morir como un animal, lo que parece más probable es que, en lugar de escalar el cielo, cayera en los profundos infiernos.

En fin, eso, allá él lo habrá visto.

Pero sigue el *vate* ó el *á-bate*:

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que, inspirado en el BIEN, escaló el cielo.
Alma gigante, al remontar el vuelo...»

¡Pero qué había de remontar el vuelo!

¿No le estoy diciendo al *á-bate* que no se

alzó jamás un palmo de tierra? La *Tierra* describió y cantó, y no lo bello de la tierra, sino lo feo y lo bajo.

Ni fue alma gigante, sino rastrera.

«Alma gigante, al remontar el vuelo,
Llegó á la luz é iluminó el arcano.»

Es gana de amontonar barbaridades unas sobre otras.

¿A qué luz llegó el oscuro y prosáico cantor de la taberna?... A la luz de la estufa medio apagada, que le quitó la vida.

¿Qué arcano fue el que iluminó el descreído positivista, que no veía más allá de sus narices, no muy largas?

Y continúa el *ábate*:

«Envidias, odios, iras...»

Parece un inventario... ¿Era ese el caudal del difunto?

«Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo...»

¡Miren ustedes que llamar *hermoso anhelo* al afán estúpido de ganar dinero de cualquier modo, halagando los gustos de la gente depravada y pervirtiendo á la gente ignorante!

Y aquí al vate *ábate* se le acabó el hilo... ¡era natural! á fuerza de ensartar despropósitos, se le acabó el hilo y salió por donde pudo, que fue por muy cerca de los cerros de Ubeda. Verán ustedes qué conexión tiene la segunda mitad del cuarteto con la primera.

Había comenzado este segundo cuarteto, diciendo:

«Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo;»

Y á continuación dice:

«Una es la humanidad, uno el consuelo,
El mendigo, del Rey no es más que hermano.»

No es menos, habrá querido usted decir, *ábate vate*, y ha debido decirlo.

Porque decir *no es más que hermano*, es una tontería. ¿Qué más había de ser?...

Mas, aparte de esa impropiedad de expresión, ¿qué tiene que ver que la humanidad sea una con lo que venía usted diciendo de las envidias, odios, etc., que se concitaron en vano, según usted malamente dice, con el *anhelo* de Zola, anhelo malamente llamado hermoso?

Nada, absolutamente.

Lo mismo que continuó usted el cuarteto

diciendo: *Una es la humanidad*, pudo usted haberle continuado diciendo: «Bebamos otra copa.»

Y si nada tiene que ver con los antecedentes eso de «*una es la humanidad*», figúrese usted lo que tendrá que ver lo otro que sigue, lo de «*uno el consuelo*».

Nada: esto lo pone usted solamente para consonante de *anhelo* y de *vuelo* y de *cielo*...

Y lo bueno que tiene eso del *consuelo*, que á más de no ser pertinente no es verdad tampoco, porque el consuelo no es uno, son varios... Mejor dicho, son innumerables los consuelos que se usan. Desde el mal de muchos ó el ripio de muchos, que ya se sabe que es consuelo de Grilos y de *ábates*, hasta el consuelo de aquel á quien le rompieron la cabeza de un cazolazo, y se consolaba con que también al que le pegó se le había roto la cazuela, existen consuelos innumerables.

¿Cómo dice el *ábate* que uno es el consuelo?...

Como consonante, claro que como consonante; pero para eso, para sólo aconsonantar, lo mismo podía haber dicho cualquier otra cosa, verbigracia: «toma un buñuelo».

Así:

«Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su *hermoso anhelo*;
Una es la humanidad, *toma un buñuelo*,
El mendigo, del Rey no es más que hermano.»

Y sigue blasfemando el vate *ábate* en los tercetos, de esta manera:

«A la eterna VERDAD un culto crea
Su genio *colosal*: *piadoso* avanza
De nuestras luchas á extinguir la tea...»

No se puede mentir más descaradamente. Porque ni Zola creó ningún culto á la eterna VERDAD, sino que trató muy ahincadamente de arrancarla todo culto; ni tuvo genio *colosal*, á no ser por lo torpe y basto; ni fue *piadoso*, sino impío; ni trató de extinguir la tea de la discordia, sino de encenderla, cediendo á los *argumentos* del sindicato judío para salir á la defensa del traidorzuelo Dreyfus.

Y dice todavía el *ábate* en el último terceto:

«Y al perder con la vida la esperanza
De ver el triunfo...»

Sí, eso sí. Bien perdida la pueden tener él y su hueste de papanatas.

«Y al perder con la vida la esperanza
De ver el triunfo de su *santa* idea,
Himno inmortal del universo alcanza.»

¡Qué universo ni qué ocho cuartos, hombre!...

¡Bastante le importa al universo que se haya muerto un majadero más, naturalmente, sin ver el triunfo de su mala idea!... ¡Bas-

tante se cuida el universo de entonar himnos á los necios que, luchando contra Dios, á lo mejor se les acaba la vida sin haber hecho nada!

Los ruidos discordantes y los cantos ripiosos que suenan unos momentos al redor de su sepultura, no son el himno inmortal del universo; son los graznidos de cuatro botarates que no saben lo que graznan, ni lo que sonetean, ni lo que dicen.

XVII

Hay nombres desgraciados en sus relaciones con la poesía, y el de Belgrano es de esos, por lo visto.

No acierta á inspirar más que simplezas y ripios, y alguna vez, por variar, disparates.

Ya han visto ustedes las décimas que inspiró á Rafael Obligado. Bueno, pues con todas aquellas durezas de dicción y todos aquellos ripios tan descarados como el de *«nos conmueve en la historia»*, el de *«las místicas redes»* y demás, vienen á ser las tales décimas tortas y pan pintado si se comparan con otra *composición*, firmada por Gabino Ezeiza, la cual, siguiendo la metáfora y usando términos alimenticios, es un verdadero caniego literario.

Lleva por título *La bandera argentina*, y empieza:

«Belgrano!...»

Así, con admiración y todo.

«Belgrano! la imagen sagrada de la Patria...»

¿Que si esto es un verso, me preguntan ustedes?

No; claro que no lo es; pero es uno de los renglones desiguales que el cantor de Belgrano quiere darnos por verso: el primero de todos.

El tal renglón tiene *trece* sílabas, medida de la cual no hay versos en la poesía castellana.

Iriarte (D. Tomás), para que en su colección de fábulas hubiera versos de todas medidas, quiso hacer en versos de *trece* sílabas una de aquellas, la de *La campana y el esquilón*; pero le resultaron, sin querer, de catorce.

Porque los hizo de dos hemistiquios, el primero de seis sílabas y el segundo de siete, que sumadas parece que habían de dar trece; pero como el primer hemistiquio le hizo en casi todos agudo, y las seis sílabas, siendo aguda la última, son siete y forman un heptasílabo, resulta que cada dos hemistiquios de aquellos forman un verso alejandrino algo cojo y algo mal sonante, pero alejandrino al fin y al cabo.

Verbigracia:

«En cierta catedral—una campana había...»

Quando no hizo agudo el primer hemisti-

quio le hizo de siete sílabas, terminado en vocal, teniendo cuidado de comenzar también con vocal el segundo para que elidida la del primero por sinalefa, no sonaran más que *trece* sílabas; por ejemplo:

«Que sólo se tocaba—algún solemne día...»

Donde se ve que cada hemistiquio tiene siete sílabas, y por consiguiente todo el verso tiene catorce; y con no hacer la sinalefa, con pararse un poco entre los dos hemistiquios, resultaría un alejandrino completo.

Y otra prueba de que á Iriarte no le salieron versos de *trece* sílabas, con estructura de tales propia y especial, sino versos alejandrinos defectuosos, está en que cuando hizo agudo el final del verso, los dos hemistiquios resultaron perfectamente iguales, como se puede ver en los siguientes:

«Con el más recio són,—con pausado compás,
Cuatro golpes ó tres—solía dar no más.»

Aquí, como se ve, los cuatro hemistiquios son iguales; todos cuatro tienen á seis sílabas, siendo la última aguda; y siendo todos cuatro iguales, si los dos de la derecha son versos heptasílabos, lo mismo tienen que ser los de la izquierda.

Quedamos, por tanto, en que no hay en

castellano propiamente versos de trece sílabas.

Pero aun cuando los citados de Iriarte merecieran ese nombre, tampoco lo sería el copiado de Ezeiza, porque no es como ellos; no tiene agudo el primer hemistiquio. Para que se pareciera á los de Iriarte, habría que hacer aguda la palabra imagen, leyendo *imágen* y diciendo:

«Belgrano! la *imágen*—sagrada de la patria...»

Y si se quiere que sea alejandrino, que parece ser lo que quería el autor, á juzgar por el corte de algunos de los versos siguientes, hay que dejar de hacer sinalefa entre *la* é *imagen*, fingiendo una aspiración al principio de esta palabra, y diciendo:

«Belgrano! la *imágen* sagrada de la patria...»

Sólo así puede el primer verso de Ezeiza llegar á ser alejandrino, aunque malo.

Digo que malo, porque le queda en el segundo hemistiquio la asonancia de *sagrada* y *patria*, que es muy fea.

Pero vean ustedes algo más.

«Belgrano! la *imágen* sagrada de la patria,
Cuyo color de cielo eterno guardará...»

¿Que de quién es el color de cielo?...

Parece ser de la patria... La sintaxis, por lo menos, quiere que sea de la patria. Pero

como parece cosa rara una patria azul, hay que suspender el juicio y la adjudicación de ese color por ahora... Ya veremos de quién resulta.

«Belgrano! la *imágen* sagrada de la patria,
Cuyo color de cielo eterno guardará,
Conservará el recuerdo que tanto se *idolatra*...»

Que no es consonante de *patria*, ¿eh?

«Conservará el recuerdo que tanto se *idolatra*
Del que nos dió bandera y diónos libertad.»

Y se acabó el cuarteto, y nos quedamos sin saber de quién era aquel *color de cielo*, ó cuyo era aquel *color de cielo*.

Si no era de la patria, no se sabe de quién ha de ser; y de la patria no se sabe cómo.

Vale Dios que tampoco se sabe *quién* guardará eterno aquel color de cielo *cuyo*, ni *quién* conservará el recuerdo que tanto se *idolatra*, ó se *idolatria*, que así había de decir para concertar con *patria*.

Vamos adelante, á otro cuarteto:

«Hoy es bendito manto *sagrado* de sus glorias...»

Tampoco se sabe quién es bendito manto *sagrado*...; y van dos cosas *sagradas*... No se sabe si es Belgrano, ó la patria ó la imagen... Probablemente será la bandera que suena en el título.

«Hoy es bendito manto sagrado de sus glorias...»

¿De quién serán las glorias?

«Que el pensamiento *tuyo* le hiciera germinar...»

¿Hiciera germinar al manto?...

¡Hombre, por Dios! Los mantos no germinan.

A no ser que no se refiera al manto... Pero ¿a qué se va á referir no siendo al manto?

«Hoy es bendito manto sagrado de sus glorias
Que el pensamiento *tuyo* le hiciera germinar...»

Nada... no puede ser más que el manto. No se puede entender de otra manera, sino que el pensamiento *tuyo*, que será el de Belgrano regularmente, hiciera germinar al manto *sagrado* y *bendito* de sus glorias, que es de suponer que sean de la patria.

¡Y miren ustedes que eso de hacer germinar á un manto!...

Volvamos allá á ver...

«Hoy es bendito manto sagrado de sus glorias
Que el pensamiento *tuyo* le hiciera germinar
Cimentan nuestros pueblos con lides y victorias
Teniendo el Chimborazo y el Andes por altar.»

Advierto á ustedes que en todo el cuarteto no hay punto ni coma, y así lo dejo.

Y también lo dejo sin que ustedes lo entiendan, ni yo tampoco.

No se sabe qué es lo que cimientan los pueblos *nuestros* ó *suyos* con lides y victorias; ó si es que se cimientan á sí mismos...

¡Sabe Dios lo que habrá querido decir el vate!

Y Dios sólo; porque lo que es el vate, que era el único que después de Dios lo podía saber, no lo sabe de seguro.

Vamos á otro cuarteto:

«Se alzó después gigante porque es *color del cielo*...»

¡Otra vez el *color del cielo*! ¡Qué pesado va estando ya el vate con tanto *color del cielo*!...

Mejor sería que nos dijera quién fue el que se alzó; que no nos lo dice.

«Se alzó después gigante porque es *color del cielo*...»

Tampoco es legítima la consecuencia. De que sea *color del cielo* una cosa, ¿se deduce que se alce gigante después, ni antes tampoco?

Así, por ejemplo, aunque el vate Ezeiza se vista de azul, y sea, por consiguiente, *color del cielo*, bien se puede asegurar que no se alza gigante, porque como vate es pedestre y rastrero del todo.

«Se alzó después gigante porque es *color del cielo*
Los triunfos que ha tenido los triunfos que tendrá...»

¡Gracias á Dios que aquí hay una coma, la primera de todo el trayecto *poético* de Ezeiza!

«Se alzó *después* gigante porque es color del cielo
Los triunfos que ha tenido los triunfos que tendrá,
Van á formar Belgrano tu *fervoroso anhelo*
Que á *todo* el orbe *todo su sol* alumbrará.»

¡Cuánta barbaridá!

En el primer verso dice que «se alzó *después* gigante porque es color de cielo», sin decir quién se alzó, y sin que deje de ser todo ello una incoherencia.

Después, en el verso segundo dice que «los triunfos que ha tenido los triunfos que tendrá van á formar Belgrano...»

Y como no tiene comas para indicar que Belgrano es un vocativo, parece que los triunfos van á formar un Belgrano, un grano bello, y no sé si maligno.

Pero supliendo la falta de las comas, dice otra barbaridad mayor todavía, pues dice que los triunfos que ha tenido... la bandera, suponiendo que sea la bandera, van á formar el fervoroso anhelo de Belgrano... En lo cual falta por completo el sentido común, y falta la *sinéresis*, y falta todo, menos el disparate; porque unos triunfos ya tenidos no pueden formar el anhelo fervoroso de nadie. Se anhela lo que no se tiene todavía.

Y luego el cuarto verso, «que á todo el orbe *todo su sol* alumbrará», tampoco tiene sentido ninguno.

Aun suponiendo que *su sol* sea el sol de la bandera, ¿cómo ha de alumbrar á *todo el orbe todo*?

¡Buenas y gordas las trae Ezeiza!
Y concluye:

«Ese *sagrado palio*...»

Es el tercer *sagrado* de la composición. *Sagrada* la imagen de la patria, *sagrado* el manto, y bendito, *sagrado* el palio ese de ahora...

¿No les parece á ustedes que es demasiado abusar de la palabra?

«Ese *sagrado palio* que *tú* le distes vida...»

Supondremos, entre otras muchas cosas, que el *palio sagrado* será la bandera, y que el *tú* será Belgrano.

«Ese *sagrado palio* que *tú* le distes vida,
De todo el mundo vienen *sus* hijos hacia acá...»

¡Anda salero! ¡Dónde le dan, y dónde re-
tumba!

¿Qué tiene que ver ese verso último con el anterior inmediato?

«De todo el mundo vienen *sus* hijos hacia acá...»

¿De quién son esos hijos?... Y suponiendo que sean del *palio* y que el *palio* tenga hijos, que no es suponer poco, ¿qué tiene que ver, vuelvo á decir, el verso segundo con el primero?

«Ese *sagrado palio* que *tú* le distes vida,
De todo el mundo vienen *sus* hijos hacia acá...»

Es lo mismo que si yo dijera:

«Esos disparatones que tú les escribiste,
En Lieja vendió un chino *sus* botas de montar...»

¿No es verdad que se parecen los dos pares
de versos?

Acabemos el cuarteto de Ezeiza, á ver cómo
resulta:

«Ese sagrado palio que tú le distes vida,
De todo el mundo vienen sus hijos hacia acá;
Porque la fe sincera *su corazón anida*,
Que es pueblo de principios de Unión y Libertad...»

Lo mismo que antes, y aun peor, si cabe en
lo posible.

Estos dos versos últimos tampoco ligan en-
tre sí, ni con los dos primeros.

Y además, lo de que «la fe sincera *su cora-
zón anida*» es una barbaridad como una loma.

¡La fe anidar el corazón!...

Es de creer, piadosamente pensando, que
el vate querría decir: «la fe sincera *en su cora-
zón anida*»; y como el *en* no le cabía en el
verso, fue y le suprimió tan campante, di-
ciendo:

«Porque la fe sincera *su corazón anida*...»

Sin que se sepa ni se barrunte de quién es
ese *su corazón que anida* la fe sincera, el cual
no se puede suponer que sea del palio.

¿Será de los hijos del palio?...

Pero en ese caso, los hijos del palio no son
palios pequeños, porque los palios no tienen
corazón ni fe sincera que anide...

Nada, que no se sabe de quién es esa fe
sincera que *anida el corazón* de... tampoco se
sabe.

Y luego dice el vate en el verso último:

«Que es pueblo...»

¡Ah!... ¿Qué es pueblo?... Y ¿quién es pue-
blo? «¿Su corazón?» ¿El corazón no se sabe de
quién? ¿Ó es la fe sincera que anida su cora-
zón la que es pueblo? ¿Ó el que es pueblo es
el palio sagrado?...

«Que es pueblo de principios de Unión y Libertad...»

¡Vaya, vate, vaya!...

¿Con que es pueblo de principios?... Pues
que lo sea en buena hora; pero conste que
nos deja usted sin saber qué pueblo es ese, ó
quién es ese pueblo de principios, si es el co-
razón, ó la *fe que le anida*, ó el palio, ó los
hijos del palio, que vienen hacia acá de todo
el mundo...

Y conste también que nunca leí cosa más
disparatada que los versos de Ezeiza.